

aun en los momentos de mayor sobresalto y riesgo:

En la plaza se oyen tiros,
en la plaza se ha de entrar:
pena de la vida tiene
aquel que se vuelva atrás.

Ó este otro:

¡Vinge de Consolación!
¡Que me matan á balazos
en medio der batayón!

Y vaya, en fin, la última copla que queremos recordar aquí, de entre tantísimas como dejamos, por su alta significación y delicadeza. Está consagrada á una mujer, y dice así:

Eres delgada de talle
como junco de ribera:
eres en toda la calle
la que lleva la bandera.

Juan Soldado pone resueltamente su bandera en las manos para él más dignas de llevarla: en las de la mujer más hermosa de la calle; en la moza de sus amores; en la que es fina como junco de río... Imitemos todos á Juan Soldado, y pongamos siempre nuestra bandera allí donde estén nuestro más grande amor y nuestra ilusión más noble y más querida.

LA MEJOR COPLA

Poesía leída por María Guerrero en la función celebrada en el teatro Real, de Madrid, el día 3 de febrero de 1911, á beneficio del Real Dispensario Antituberculoso Reina Victoria.

LA MEJOR COPLA

En el descanso de una jornada,
que si fué dura, si fué sangrienta,
por la victoria fué coronada;
junto á la hoguera que los calienta,
enardecidos y decidores,
con fe en la vida y alma contenta
varios soldados cantan amores,
como quien quiere buscando flores
borrar el daño de la tormenta.
Harto seguro de su donaire,
toca uno de ellos una guitarra,
y una garganta que se desgarrar
lanza esta copla que roba el aire:

La heridita que me han hecho
es chiquitita y es roja:
¡ bendiga Dios esta herida
que me recuerda tu boca!

Con recios gritos y ¡oles! ardientes
al que ha cantado premia el corrillo:
porque la copla lleva á las frentes,
en su lenguaje puro y sencillo,
la imagen viva de las ausentes
cuyos retratos guarda el hatillo.
Y aun no repuestos los campeones
de esta alegría, que en sentimiento
tiene anegados los corazones,
cuando quejosa como un lamento,
de la vihuela siempre á los sonos
salta otra copla que roba el viento:

Aquel beso de mi madre
me dió miedo de la guerra,
y en la guerra soy valiente
por devolvérselo á ella.

¡ Amor de madre! Rico tesoro
que late dentro de las entrañas,
como en el centro de las montañas
oculto el oro:
al evocarte con voz dolida,
sienten los héroes como encendida
sobre su rostro, la intensa huella
de aquellos besos de despedida
que da tan sólo la boca de ella.
En algún pecho brota un sollozo;

algunos ojos anubla el llanto;
y al advertirlo sagaz el mozo
de los cantares, por el quebranto
volver en gozo,
para la Patria tiene este canto:

Que cuál patria era su patria
le preguntaron á Dios,
y sin pararse á pensarlo,
Él dijo que era español.

Estallan risas frescas y locas
de honda alegría;
gritan á un tiempo todas las bocas,
y amortiguando la algarabía
con su apostura serena y pía,
pasa una virgen de blancas tocas.
Lleva en sus ojos, dulces y bellos,
por el insomnio martirizados,
de amor cristiano claros destellos;
lleva sus dedos ensangrentados,
porque amorosos tocaron ellos
en las heridas de los soldados.
¡ Amor de todos! Este es su emblema,
este su norte y este su aliento,
y amando á todos vive el poema
de la ternura y el sufrimiento.
La mira el mozo, su ardor extrema,

y con el alma puesta en su acento,
canta esta copla, que luego el viento
lleva á más alta región suprema:

La caridad no pregunta
ni los nombres ni las tierras:
como la mar llama al río
el llanto la llama á ella.

Canto de penas del mundo entero,
por generoso, por lastimero,
conmueve á todos... Noble y augusta
sigue la hermana por el sendero.
Y otro muchacho dice al coplero
con voz velada, pero robusta:
— Tengo una patria, por la que muero;
tengo una novia, que es un lucero;
tengo una madre cristiana y justa,
y, sin embargo, mi compañero,
ese es el canto que yo prefiero,
¡esa es la copla que más me gusta!

Madrid, enero de 1911.

LLANTO PIADOSO

Á UNA NIÑA MIMADA

Poesía leída en el teatro de San Fernando, de Sevilla,
el 12 de mayo de 1911, en función á beneficio del Consul-
torio de Niños de Pecho de la capital andaluza.

LLANTO PIADOSO

A UNA NIÑA MIMADA

De su belleza dijo un poeta
que es una rosa con alma y vida;
su tez es blanca, sus ojos negros,
su boca grana como la guinda;
su frente es pura y es luminosa
como el lucero que apaga al día;
ni en los palacios de las leyendas,
ni en los ensueños de los artistas
hay hermosura que la aventaje...
Y, sin embargo, llora la niña.

Es su capricho tirana ley:
cuanto pretende, cuanto imagina,
ve convertido por sus mayores
en realidades para su dicha;
pájaros libres en otros cielos,
en sus balcones viven y trinan;
flores ardientes de extrañas tierras

en sus cabellos dejan la vida:
cuanto ambiciona, cuanto consigue...
Y, sin embargo, llora la niña.

Descansa en lecho tan vaporoso,
que más parece barca de ninfas;
sólo en alfombras que fingen flores
sus pies menudos sin ruido pisan;
lienzos y estatuas, del arte orgullo,
hallan sus ojos por donde miran;
grandezas muertas, recuerdos santos
guarda el palacio como reliquias;
la gloria humana vive con ella...
Y, sin embargo, llora la niña.

En sus jardines se abren las flores
cuando su mano las acaricia;
allá á la tarde, por que las sombras
no la entristezcan, cantan y pían
entre las frondas los ruiseñores,
sobre su frente las golondrinas;
por que su imagen contemple en ellas
aquieta un lago sus claras linfas;
la luna sale cuando ella asoma...
Y, sin embargo, llora la niña.

¿Que por qué llora quien tanto tiene?
¿Tú no comprendes que triste viva?

¿Te ha interesado? ¿Te ha conmovido
su inexplicable melancolía?
Pues oye atenta, que estos secretos
saberlos deben las niñas ricas:
llora la niña, porque una tarde,
por el palacio que la cobija,
por el alcázar de sus tesoros,
donde su anhelo rige y domina,
pasó una madre, mujer humilde,
flor deshojada, rosa marchita,
que entre sus brazos, trono del mundo,
llevaba un niño que se moría.
Y supo al verla que hay quienes nacen
en tierras faltas de jugo y vida,
y la que tienen la van dejando
por un camino lleno de espinas.

Miró en su torno, pensó en su alcázar,
sintió lo inmenso de la injusticia,
y de una fuente para ella ignota
saltaron perlas á sus pupilas.
De entre sus trenzas, una esmeralda,
luz de esperanza que allí lucía,
le dió á la madre, que al recogerla
llenó su mano de luz divina.
Fué la limosna dulce consuelo
para una y otra: beso que unía
la bella rosa del rico alcázar

y la doliente rosa caída.
Siguió la madre su senda triste;
quizás en calma quedó la niña;
mas desde entonces, cuando contempla
el blando suelo por donde pisa,
los ricos muros que la defienden,
los esplendores que la iluminan,
piensa en la pobre rosa tronchada,
piensa en el niño que se moría,
y brota llanto para sus ojos
de aquella pura fuente escondida.

¿Te has puesto triste? Triste es la historia;
pero te enseña que en la desdicha
es la limosna bálsamo dulce,
y un beso puede cerrar heridas.
No olvides nunca, niña mimada,
por qué en su alcázar llora la niña.
Y otra velada te contaremos
algo que lleve más alegría.

INDICE

	<u>Págs.</u>
AL LECTOR	5
Discurso	7
Cuatro palabras	39
Carta á Juan Soldado	71
La copla andaluza	83
La musa de Juan Soldado	105
La mejor copla	115
Llanto piadoso	121